



¡Vale la pena!

La fidelidad, una fuerza
que conquista el tiempo

ANDRÉS CÁRDENAS MATUTE (ed.)

¡Vale la pena!

La fidelidad, una fuerza que conquista el tiempo

ANDRÉS CÁRDENAS MATUTE, (ed.)

Los textos de este libro han sido publicados y traducidos a varios idiomas en la sección «Vida cristiana» del website opusdei.org. Se recogen aquí en una versión revisada y actualizada a noviembre de 2023.

www.opusdei.org

SBN: 978-84-09-57105-5

© 2024 Fundación Studium

Índice

Introducción	1
1. Una fuerza que conquista el tiempo	3
2. Bendito quien confía en el Señor.....	11
3. Para hacer del tiempo un aliado	21
4. De generación en generación.....	30
5. En su pureza original, en su novedad radiante	40

Introducción

Fidelidad. Una palabra que podría aparecer, a primera vista, como en tensión entre dos polos. Porque, por un lado, es evidente que ningún proyecto grande —como el de la propia vida— puede existir sin la capacidad de mantener una dirección en el tiempo. Pero, por otro, la palabra misma podría evocar en nosotros, quizá a causa de un cierto equívoco sobre su verdadero sentido, una idea difusa de inmovilismo o rigidez: como un blindaje ante las novedades que siempre trae consigo la vida.

Jesús resuelve esta tensión en una de las parábolas del Evangelio, al llamar «bueno y fiel» a cada uno de los siervos que, al recibir un dinero de su jefe que se iba de viaje, no lo esconden por miedo, sino que deciden correr el riesgo de salir a negociar con él (cfr. Mt 25,14-30). Efectivamente, estos siervos consiguen amasar cierta fortuna, aunque al final de la parábola vemos que al Señor le importan poco los números. La fidelidad que alaba en ellos ha tomado lo mejor de esos dos polos: los siervos han llevado a cabo un proyecto en el tiempo, sin rehuir el vértigo de la historia, invirtiendo lo recibido en la propia felicidad y en la felicidad de los demás.

A la luz de la carta pastoral del prelado del Opus Dei sobre la fidelidad del 19 de marzo de 2022, estas páginas abordan algunos ámbitos de esta disposición del corazón: empezando por una perspectiva filosófico-teológica, y pasando por el sentido del término en la Biblia, nos llegamos hasta algunos aspectos del despliegue de la vida personal e

institucional a lo largo de la historia. El breve recorrido por los cinco capítulos que conforman este libro quiere transmitir la convicción de que vivir la fidelidad, en palabras que san Josemaría solía repetir, «vale la pena». De ahí el título que reúne estas reflexiones. Ser fieles vale la pena, también porque vale todas las alegrías del camino.

Andrés Cárdenas Matute (ed.)

[Volver al índice](#)

1. Una fuerza que conquista el tiempo

«¿Quién no echa una mirada al sol cuando atardece? ¿Quién quita sus ojos del cometa cuando estalla? ¿Quién no presta oídos a una campana que tañe por algún motivo?». Así reflexionaba un poeta inglés del siglo XVII, al caer en la cuenta de que tantas cosas de nuestra vida no son en realidad algo impersonal, como surgido de un azar sin rostro. Convencido de que detrás de todo siempre hay alguien, un *otro* involucrado, una relación, al menos ofrecida, concluía: «Ningún hombre es una isla entera por sí mismo (...). Por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti»¹.

Espiral que es elevada entre dos

Cuando se habla de *fidelidad*, se puede discurrir a niveles muy distintos. Pero el más relevante es el que se refiere «a la relación entre personas, en su aspecto más humanamente profundo: el amor»². Todos componemos un tejido de relaciones: el que nos ha acogido a nuestra llegada al mundo, y que nos sostiene a lo largo de nuestra existencia. Nos necesitamos unos a otros: «Por el hecho de ser animal social, un hombre le debe naturalmente a otro todo aquello sin lo cual la conservación de la sociedad sería imposible», dice santo Tomás de Aquino. Y, si es verdad que el primer

¹ John Donne, *Devociones para ocasiones emergentes*, Meditación XVII.

² Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 1.

apoyo que requerimos suele ser de tipo material, o de supervivencia, necesitamos también sostenernos mutuamente en nuestro camino hacia el futuro; necesitamos sabernos parte de una misma cadena que se extiende hacia adelante con esperanza. Por eso, continúa el santo: «La convivencia humana no sería posible si los unos no se fíaran de los otros»³.

Más que por la conciencia de nuestra dependencia mutua, interpersonal, la época actual se caracteriza por una búsqueda individual de autonomía; preferimos la ilusión de ser totalmente autosuficientes a reconocernos necesitados de los demás. Por eso, un primer escollo que debemos sortear al hablar de fidelidad son las actitudes que nos empujan hacia el aislamiento, y que encontramos en mayor o menor medida dentro de nosotros. De hecho, más adentro aún, descubrimos que nuestro corazón no se satisface con una vida absolutamente autónoma, en soledad: «ninguna vida humana es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas. Ninguna persona es un verso suelto»⁴.

Aunque existen algunas virtudes que no están inmediatamente involucradas en la relación con otras personas, como pueden ser la fortaleza o la templanza, existen virtudes que se dan solo en las relaciones. La fidelidad es una de ellas, ya que implica un movimiento de ida y vuelta entre dos: supone creer en alguien; creer que tiene buenas intenciones hacia mí. Supone construir la propia vida sobre la convicción de que esa otra persona me quiere ahora y lo seguirá haciendo en el futuro. En ese sentido, la fidelidad nace en un primer momento en el otro: no depende inicialmente de nosotros mismos. Una virtud con estas características, como puede entenderse fácilmente,

³ Santo Tomás de Aquino, *Suma de teología*, II-II, c. 109, r. 1.

⁴ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 111.

nos aleja de la ilusión de la autosuficiencia: nos invita a una apertura humilde que, como señala el Papa Francisco, «siempre tiene una cuota de riesgo y de osada apuesta»⁵. No obstante, de esa apertura puede surgir un movimiento que, entre dos, poco a poco, se eleva en espiral hacia una vida compartida y feliz. Quien entra en esta dinámica de la fidelidad está muy lejos de haber llegado a la quietud de un destino; más bien, inicia el vértigo de lo vivo, el movimiento de quien está en camino. «La fidelidad es como una fuerza que conquista el tiempo, no por rigidez o inercia, sino de un modo creativo»⁶, y contando con que al lado hay alguien de quien fiarse.

Teresa de Jesús y Jesús de Teresa

Al consultar los medios de comunicación, al revisar una encuesta o al volver sobre nuestras propias experiencias, podemos sentir a veces una cierta nostalgia de la felicidad sencilla pero auténtica que trae consigo la fidelidad. Notamos la necesidad de que vuelva a brillar en el matrimonio, en la familia, en la relación con Dios y, en general, en cualquier tipo de relación personal⁷. Para hacerlo, contamos con la ayuda del Señor, y también con las ganas de hacer el bien que detectamos en tantas personas, y en nosotros mismos: una fidelidad «que es libre

⁵ Francisco, Ex. ap. *Amoris laetitia*, n. 132.

⁶ G. Derville, «En la fiesta de san José: una fidelidad que se renueva», en opusdei.org.

⁷ Se suele asimilar la «lealtad» a la «fidelidad»; no obstante, la primera no se basa necesariamente en la confianza fundada en el amor de otro, sino en aspectos más cercanos a la justicia; por eso la «lealtad» no siempre se refiere a otra persona, sino también a ideas, valores o instituciones.

correspondencia a la gracia de Dios, vivida con alegría y también con buen humor»⁸.

En ocasiones, todo esto puede parecernos un deseo casi inalcanzable, algo que está por encima de nuestras fuerzas. Y no nos falta algo de razón: cada uno, si cuenta solamente consigo mismo, es débil, pues tenemos los pies de barro; además de que la fidelidad solo puede surgir entre dos. Pero es precisamente la experiencia de nuestra debilidad la que nos previene de fiarnos únicamente de nuestros buenos deseos o talentos. Vienen en nuestra ayuda aquellas palabras de san Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4,13). El Señor, con su amor ofrecido a nosotros antes de que podamos pedirlo, pase lo que pase y hagamos lo que hagamos, se entrega como fuente de nuestra fidelidad a él y a las demás personas.

Sin embargo, si pensamos en la experiencia de la fidelidad de Dios en nuestra vida y en la vida de tantas personas, podríamos decir que sí podemos confiar en nosotros mismos. Cuántas veces, quizás sobre todo en momentos difíciles, vienen a nuestra memoria recuerdos de la confianza que ha tenido el Señor en nosotros, empezando por nuestro nacimiento —que estemos vivos es una elección suya—, para seguir con nuestro bautismo y con todas las veces en que nos ha mostrado su amor, su cercanía y su luz en nuestro camino. Si bien la elección por parte de Dios ha sido eterna, la confianza que ha depositado en nosotros se va realizando en el tiempo: en nuestro interior va madurando la conciencia que tenemos de ese privilegio.

Cuando, en cambio, queremos ser fieles solo con nuestras fuerzas, cuando ponemos distancia en esa relación que alberga la fidelidad, dejamos de experimentar la

⁸ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 4.

confianza en Dios. Entonces perdemos la memoria de los dones recibidos, como aquellos viñadores que olvidaron que trabajaban porque el dueño salió a buscarlos, y no por méritos propios (cfr. Mt 21,33-46). Nos concentramos, entonces, en lo costoso e insuficiente de nuestros esfuerzos. Poco a poco pueden ir apareciendo las quejas, breves huidas, la infidelidad en lo pequeño. O una distancia que puede también insinuarse de modo más solapado en el acostumbramiento a la vida con el Señor, en una lucha que busca tranquilizar la conciencia, en la tibieza. Se pierde la novedad del otro, la sorpresa de su rostro, la creatividad que siempre requieren las relaciones personales.

Si podemos ser fieles es porque Dios confía en nosotros. «El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios, que está junto a nosotros y en los cielos»⁹. Así, en este ambiente de cercanía, es como han sido fieles los santos. De santa Teresa de Ávila se cuenta que un día, cuando estaba en el Monasterio de la Encarnación, al bajar por las escaleras se topó con un niño que le sonreía. Sorprendida por ver a un pequeño dentro del convento, le preguntó: «¿Y tú quién eres?». A lo que el niño respondió con otra pregunta: «¿Y quién eres tú?». La santa, admirada, replicó: «Yo soy Teresa de Jesús». Y el niño, con una sonrisa, le dijo: «Pues yo soy Jesús de Teresa».

Fidelidad de hijos de Dios

«La virtud de la fidelidad está profundamente unida al don sobrenatural de la fe, llegando a ser expresión de la solidez que caracteriza a quien ha puesto en Dios el fundamento de toda su vida», escribe Benedicto XVI. «En la fe encontramos de hecho la única garantía de nuestra estabilidad (cfr. Is 7,9),

⁹ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 116.

y solo a partir de ella podemos también nosotros ser verdaderamente fieles»¹⁰. Partiendo de esta fidelidad de Dios, que precede a la que queremos para nosotros, podemos enunciar ahora tres ámbitos en los que podemos fortalecer nuestra fidelidad: experimentar la alegría de pertenecer al Padre, en Cristo, como personas libres; hacer cada vez más profunda nuestra identificación personal con su voluntad, también personal, que es siempre un regalo para nosotros; y vivir la relación fraterna que surge entre quienes quieren ser fieles.

Primero, pertenecemos a Dios; pero no como algo inerte, sino como seres vivos, como personas libres, capaces tanto de amar como de abrirse al amor de otro. Y Dios se nos ha dado también personalmente, en su amor trinitario. De ahí que deseemos conocerlo cada vez más, para gozar, padecer, trabajar y relacionarnos con los demás, siempre empapados de una conciencia viva de nuestra filiación divina. En esa clave interpretaba san Juan de la Cruz el sueño de la escala de Jacob: cuanto más subimos en nuestro conocimiento y amor de Dios, más descendemos en las profundidades de nuestra alma¹¹. Conocer cada vez más a Dios nos acerca a nosotros mismos, que somos obra de su mano; y conocer mejor su creación, sobre todo en nosotros mismos, nos puede llenar de asombro y amor hacia él. «Enamórate, y no *le* dejarás»¹², escribía san Josemaría en el último punto de *Camino*. El beato Álvaro complementaba esta máxima, dándole la vuelta: «No *le* dejes, y te enamorarás»¹³. Al Señor le basta nuestro deseo

¹⁰ Benedicto XVI, Discurso, 11-VI-2012.

¹¹ Cfr. San Juan de la Cruz, *Noche oscura del alma*, II, 8, 5.

¹² San Josemaría, *Camino*, n. 999.

¹³ Beato Álvaro del Portillo, Carta pastoral, 19-III-1992, n. 50 (AGP, Biblioteca, P17).

de seguirle de cerca, algunas veces a contrapelo, para infundir en nosotros renovados deseos de mantener nuestro corazón enamorado.

En segundo lugar, sabemos que amar a Dios es, en realidad, un camino de identificación con Jesucristo, por el que dejamos que fructifique en nosotros su confianza. Ahora bien, para lograrlo necesitamos de él, porque nadie puede llamar Padre a Dios, ni considerarse hijo suyo, si no es en Jesucristo. Aunque todos participamos de la misma vida de Jesús, cada uno lo hace de forma personal. Dios nos ha concedido talentos y virtudes particulares a cada uno; una personalidad única, un modo de ver el mundo que es solamente nuestro. La fidelidad de cada uno a Dios no es algo uniforme, como sacada de un molde, sino que es personal, única, forjada en la propia vida. De ahí que no tenga sentido compararnos con nadie, ni sentirnos juzgados por nadie a partir de esquemas fijos. «La fidelidad es fidelidad a un compromiso de amor, y es el amor a Dios el sentido último de la libertad (...): “Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11,29-30)”»¹⁴.

Por último, como hijos de Dios, somos todos hermanos; todos, por tanto, participamos igualmente de su paternidad divina: todos *damos una mano* a Dios al ser buenos padres y buenas madres de los demás. En realidad, no podemos ser autores solitarios de nuestra vida, sino que somos coautores con quienes nos rodean: «cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro»¹⁶; somos los protagonistas de nuestra historia y formamos parte, a la vez, de las de los demás, en el gran libro de la vida. Se entiende así que la fidelidad de quienes nos rodean depende de la nuestra; y

¹⁴ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 8.

viceversa: para contrarrestar nuestra debilidad, está la fortaleza de los demás. Y esta atención y cuidado, que empieza por las personas de nuestra propia familia, natural y sobrenatural, se extiende después a los demás miembros de la Iglesia y de toda la humanidad. Puesto que «de cien almas nos interesan las cien»¹⁵, estamos dispuestos a servir a todos los que el Señor pone en nuestro camino. Y es precisamente esa apertura del corazón lo que afianza nuestra fidelidad y la convierte en «una fuerza que conquista el tiempo».

Antonio Malo

[Volver al índice](#)

¹⁵ Cfr. san Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 9.

2. Bendito quien confía en el Señor

LA FIDELIDAD EN LA SAGRADA ESCRITURA

«*Hi-fi*»: esta es una de las características fundamentales que esperamos de un dispositivo para escuchar música. La *high fidelity*, alta fidelidad, es garantía de que el sonido que se reproduce se acerca mucho al original. El objetivo, tanto del reproductor como de quien escucha, es poder tener contacto con el sonido inicial, con la primera grabación, sin alterarla. Es la fidelidad comprendida como exactitud, como la capacidad de mantener algo intacto.

Sin embargo, en la cultura del antiguo Medio Oriente, donde tuvo lugar la revelación de Dios al pueblo de Israel, la manera de comprender la fidelidad tiene algunos matices distintos. La fidelidad no se asocia a la precisión, sino a otros aspectos como la solidez, la estabilidad o la permanencia a lo largo del tiempo; la confiabilidad, la lealtad y la veracidad. En el lenguaje bíblico, la fidelidad también está estrechamente vinculada con la misericordia paternal de Dios, un ámbito en el que no tiene mucho sentido hablar de exactitud.

No como los otros dioses

Si buscamos en la Sagrada Escritura una definición completa de fidelidad, no la encontraremos. En cambio, si acudimos a los libros sagrados preguntándonos quién es fiel, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos responden

de manera rotunda: fiel es Dios¹. Pero ¿qué quiere decir que Dios sea fiel? ¿Por qué la Biblia subraya tanto la fidelidad del Señor?

Por una parte, el Dios de Israel es fiel en contraste con los dioses de los pueblos vecinos. «Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo»². Los mitos paganos nos muestran dioses que se comportan de manera voluble y caprichosa; a veces son buenos, a veces son malos... Nunca se sabe cómo van a reaccionar, de modo que no es razonable confiar en ellos. En Egipto y en Mesopotamia, por ejemplo, era frecuente representar a los dioses con forma de toro, león, águila, dragón, o de otros animales. El culto a estas divinidades estaba empapado de actitudes que se asemejan a lo que haríamos frente a una bestia amenazante: satisfacer su hambre, aplacar su cólera, o simplemente no interrumpir su descanso.

No sucede así en Israel. La ley mosaica prohíbe representar al Señor con figuras de cualquier tipo³. El Dios de Israel acepta sacrificios y ofrendas, pero no lo hace porque padezca necesidad o porque de ello dependa su ánimo⁴. Que el Señor sea fiel, en contraste con los falsos dioses, significa que no es caprichoso ni inconstante; significa que podemos intuir, de alguna manera, cómo va a actuar. Al mismo tiempo, esta fidelidad no implica que el Señor siga un patrón uniforme de conducta o que su modo de intervenir en la historia sea repetitivo. Dios es libre,

¹ Cfr. Dt 32,4; 1 Co 1,9; 1 Ts 5,24 y otros.

² Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 31.

³ Cfr. Ex 20,4; Lv 19,4.

⁴ Cfr. Sal 50,7-15; Dn 14,1-27.

trascendente y soberano, es «todo el movimiento y toda la belleza y toda la grandeza»⁵, así que su fidelidad a la alianza no excluye la novedad (cfr. Is 43,16-19). Por boca del profeta Isaías, el Señor nos advierte de que puede sorprendernos o desconcertarnos: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos —oráculo del Señor—. Tan elevados como son los cielos sobre la tierra, así son mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos» (Is 55,8-9). Dios salva una y otra vez a su pueblo, pero no lo hace siempre del modo en que su pueblo lo espera. «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad (...); aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece»⁶.

Además de esa diferencia, una desviación frecuente de la relación de los hombres con Dios es la de querer controlarlo o usarlo a discreción nuestra. Por eso, la adivinación y otras prácticas semejantes estaban severamente prohibidas en Israel (cfr. Lv 19,26.31). Que Dios sea fiel a su palabra no quiere decir que su manera de comportarse sea siempre idéntica, y por tanto predecible y controlable por parte de los hombres. Podemos estar seguros de que nunca dejará de amarnos, aunque muchas veces no sabemos cómo se va a manifestar este amor. Su lógica siempre excede a la nuestra. En ocasiones puede darnos más de lo que había prometido, o puede cumplir una profecía de una forma inusitada. La fidelidad, en particular la de Dios, «no tiene nada de estéril ni de estático; es creativa»⁷.

⁵ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 190.

⁶ Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 11.

⁷ Benedicto XVI, Homilía, 12-IX-2009.

Un Dios «rico en misericordia y fidelidad»

La Biblia afirma que el Señor es fiel, en contraste con los falsos dioses de los pueblos vecinos; aunque, en realidad, el texto sagrado lo afirma sobre todo en contraste con los seres humanos: «La gloria de Israel no miente ni se arrepiente, porque no es un hombre para arrepentirse» (1 S 15,29). A diferencia de lo que constatamos por nuestra experiencia humana habitual, el Señor dice siempre la verdad; no se retracta de sus promesas: «No es Dios como un hombre capaz de mentir, ni un hijo de Adán para echarse hacia atrás. ¿Es que dice y no lo hace? ¿Es que habla y no cumple?» (Nm 23,19). Solo Dios es absolutamente sólido y confiable; solo junto a él se puede construir con la seguridad de no quedar defraudado. Por eso, «mientras todo pasa y cambia, la Palabra del Señor no pasa. Si las vicisitudes de la vida hacen que nos sintamos perdidos y parece que se derrumba toda certeza, contamos con una brújula para encontrar la orientación, tenemos un ancla para no ir a la deriva»⁸.

Cuenta el libro del Éxodo que, tras el pecado del becerro de oro, Dios renovó la alianza con su pueblo en el monte Sinaí. Antes de entregar a Moisés por segunda vez las tablas de la ley, Dios pasó delante de él diciendo: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en misericordia y fidelidad» (Ex 34,6). Estas palabras se suelen considerar como una segunda revelación del nombre de Dios, después de la que había tenido lugar tiempo antes, también con Moisés. Se trata de una descripción de Dios que encontramos repetida, con pequeñas variantes, en otros siete pasajes, en diversos libros del Antiguo Testamento⁹. Por eso dice san Josemaría: «Si recorréis las Escrituras

⁸ Benedicto XVI, Ángelus, 12-XII-2010.

⁹ Cfr. Nm 14,17-18; Dt 7,9-10; Sal 86,15; 145,8; Jo 2,13; Jon 4,2 y Na 1,3.

Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios (...). ¡Qué seguridad debe producirnos la conmiseración del Señor!»¹⁰.

Sin embargo, Israel sabe que su Señor es compasivo y fiel no simplemente porque lo haya dicho a Moisés en el Sinaí, sino sobre todo porque el pueblo lo ha comprobado en su propia historia, en su propia piel. Dios ha manifestado su fidelidad no simplemente declarándola, sino mostrándola en sus obras. «Señor, Tú eres mi Dios, quiero ensalzarte, alabar tu Nombre, porque has hecho maravillas —dice el profeta Isaías—. Tus designios desde antaño son fidelidad» (Is 25,1). Israel es testigo, una y otra vez, de que la misericordia de Dios no desaparece frente a las infidelidades humanas. «El Señor es bueno: su misericordia es eterna, y su fidelidad, por todas las generaciones» (Sal 100,5), canta el salmista. «Las misericordias del Señor cantaré eternamente; de generación en generación anunciaré con mi boca tu fidelidad» (Sal 89,2).

En el Magníficat, santa María expresa también este modo de ser de Dios, tan claro para quien se acerca a la historia sagrada. La madre de Jesús alaba a Dios por haberse fijado en su humildad, por haber hecho cosas grandes en ella, «recordando su misericordia, como había prometido a nuestros padres, Abrahán y su descendencia para siempre» (Lc 1,54-55). Decía san Juan Pablo II que este cántico «es verdaderamente teológico porque revela la experiencia del rostro de Dios hecha por María»; en el Magníficat «Dios no sólo es el Poderoso, para el que nada es imposible, como había declarado Gabriel (cfr. Lc 1,37), sino también el

¹⁰ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 7.

Misericordioso, capaz de ternura y fidelidad para con todo ser humano»¹¹.

Jesús es el cumplimiento de las promesas

La fidelidad es un atributo que define a Dios en su relación con los hombres, especialmente con su pueblo en virtud de la alianza. Para describir la fuerza de esta alianza, los profetas acuden a algunas imágenes. Una de ellas es la del matrimonio, que encontramos desarrollada sobre todo en los libros de Oseas, Jeremías y Ezequiel. Esta imagen resalta la misericordia del Señor, que está dispuesto a perdonar y a restablecer la alianza pese a las repetidas infidelidades de Israel. Otra imagen es la de la paternidad y maternidad. El libro de Isaías la utiliza varias veces, de manera conmovedora, para subrayar cómo Dios no abandonará nunca a su pueblo: «Sion había dicho: “El Señor me ha abandonado, mi Señor me ha olvidado”. ¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos» (Is 49,14-16).

Jesús recoge toda esta herencia de fidelidad y de misericordia, plasmada en el Antiguo Testamento, para revelar la continuación de ese obrar divino en su persona. Así, por ejemplo, se hace eco de aquel oráculo en que Isaías nos recordaba que Dios nunca nos olvida: «¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste» (Mt 23,37). A Jesucristo le duele la rebeldía de los

¹¹ San Juan Pablo II, Audiencia, 6-XI-1996.

hombres, su dureza de corazón, frente a la insistencia —la fidelidad— del amor de Dios.

También inspirándose en un pasaje del profeta Isaías que presenta a Israel como la viña del Señor (cfr. Is 5,7), Jesús resume la historia de la fidelidad de Dios frente a la infidelidad humana con la parábola de los viñadores homicidas (cfr. Mc 12,1-12). Tras sucesivos intentos, a través de varios siervos, de tomar los frutos que le correspondían, el dueño de la viña decide enviar a su hijo, como último recurso. Pero los viñadores lo matan. De la misma manera, la venida de Jesús, el Hijo único de Dios, y su muerte en la cruz llevan «hasta el extremo» la fidelidad y misericordia del Dios de Israel (cfr. Jn 13,1). Después de enviarlo para que muriera por nosotros y de elevar su humanidad resucitada sobre toda la creación, Dios ya no puede hacer nada más grande (cfr. Hb 1,1-4).

En su predicación del evangelio, los apóstoles muestran una viva conciencia de que el misterio pascual de Cristo —su pasión, muerte y resurrección— es precisamente el cumplimiento de la fidelidad de Dios a sus antiguas promesas. Jesús es «el Amén, el testigo fiel y veraz» (Ap 3,14), nos dice el libro del Apocalipsis. En la segunda carta de san Pablo a los Corintios, hallamos la declaración más explícita al respecto: «Por la fidelidad de Dios, que la palabra que os dirigimos no es sí y no. Porque Jesucristo, el Hijo de Dios —que os predicamos Silvano, Timoteo y yo— no fue sí y no, sino que en él se ha hecho realidad el sí. Porque cuantas promesas hay de Dios, en él tienen su sí» (2 Co 1,18-20). Esta convicción ha pasado a la fe de la Iglesia, que ha proclamado constantemente a Jesús como el fiel cumplimiento de todo cuanto Dios había prometido (cfr. 1 Co 15,3-4).

Si no somos fieles, él permanece fiel

En un pasaje de la Carta a los Romanos, san Pablo habla de quienes no creyeron en Cristo durante su paso por la tierra, y pone el foco en la grandeza del Señor: «¿Es que la incredulidad de estos frustrará la fidelidad de Dios? ¡De ninguna manera!» (Rm 3,3-4). En Dios podemos poner nuestra confianza de manera plena. «Unos confían en los carros, otros en los caballos; nosotros invocamos el Nombre del Señor, nuestro Dios» (Sal 20,8), dice el salmista. «¿Quién es Dios fuera del Señor? ¿Quién es Roca, fuera de nuestro Dios?» (2 Sm 22,32), dice el rey David. Solo de Dios se puede afirmar que es la Roca en donde apoyarse sin miedo y buscar protección. La aplicación a Dios del término «Roca» es tan frecuente en el Antiguo Testamento¹² que a veces se dice simplemente «la Roca» y se entiende que se está hablando de él.

Al insistir en la fidelidad de Dios, en contraste con la inconstancia de los hombres, puede parecer que la Sagrada Escritura no deja mucho espacio a la fidelidad humana. Pero más que de una visión pesimista sobre nuestras fuerzas, se trata de una afirmación realista y profunda sobre nuestra poquedad frente a su potencia. Así se comprende mejor este duro oráculo transmitido por Jeremías: «Maldito el varón que confía en el hombre y pone en la carne su apoyo, mientras su corazón se aparta del Señor. Será como matojo de la estepa, que no verá venir la dicha, pues habita en terrenos resecos del desierto, en tierra salobre e inhóspita. Bendito el varón que confía en el Señor, y el Señor es su confianza. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente, no teme que llegue el calor, y sus hojas

¹² Cfr. por ejemplo Dt 32,4; 1 Sm 2,2; 2 Sm 22,2; Sal 19,15; 28,1; 71,3; Is 17,10; Ha 1,12; y otros.

permanecerán lozanas, no se inquietará en año de sequía, ni dejará de dar frutos» (Jr 17,5-8).

La lección que se sigue de este pasaje, como de otros, es que el ser humano no puede ser fiel en el mismo sentido en que lo es Dios. La respuesta humana a la fidelidad del Señor no es una conducta intachable, sin fisuras, sino la fe (cfr. Gn 15,6; Hb 11,1). De hecho, en hebreo se emplea el mismo verbo para decir que Dios es fiel y para decir que un hombre cree en él. El Nuevo Testamento llama «fieles» a quienes creen en Jesucristo y lo siguen (cfr. Hch 10,45). Lo que el Señor espera de nosotros no es que seamos firmes y sólidos como él, cosa que sería imposible, sino que depositemos en él toda nuestra confianza, como lo hizo María y como lo han hecho los santos, «porque fiel es el que hizo la promesa» (Hb 10,23). Y, sobre todo, el Señor quiere que reconozcamos nuestras ofensas y le pidamos perdón. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros —señala la primera carta de san Juan—. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad» (1 Jn 1,8-9). Aunque seamos pecadores, el Señor no nos deja nunca solos. «Si no somos fieles, él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (2 Tm 2,13).

«Nuestra fidelidad no es más que una respuesta a la fidelidad de Dios. Dios que es fiel a su palabra, que es fiel a su promesa»¹³. Por eso, «la fe en la fidelidad divina da fuerza a nuestra esperanza, a pesar de que nuestra personal debilidad nos lleve a veces a no ser del todo fieles, en lo pequeño y quizá, en alguna ocasión, en lo grande. Entonces, la fidelidad consiste en recorrer —con la gracia de Dios— el

¹³ Francisco, Homilía, 15-IV-2020.

camino del hijo pródigo»¹⁴. Lo importante es siempre volver a quien cumple la promesa, regresar con fe a la Roca que siempre nos espera.

Juan Carlos Ossandón

[Volver al índice](#)

¹⁴ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022.

3. Para hacer del tiempo un aliado

A veces basta leer algunas páginas de la vida de Jesús para sentir con él la alegría y el cansancio de evangelizar. Como aquel día en que había multiplicado los panes y los peces para alimentar a miles de personas. Después, esa misma noche, se acercaría a la barca de los discípulos caminando sobre el agua; y, finalmente llegados a Genesaret, curaría a todos los enfermos (cfr. Mt 14,13-36). Para quienes seguían a Cristo esas debieron ser jornadas inolvidables. Su amor y su poder llenaba los corazones de la gente sencilla, de quienes se dejaban interpelar por la novedad que tenían ante los ojos. Pero leemos también que este no era el caso de todos. Precisamente esos mismos días, algunos líderes religiosos, aparentemente preocupados por la fidelidad a Dios a través del cumplimiento de mil preceptos externos, preguntan a Jesús: «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros mayores?» (Mt 15,2). Es grande el contraste entre lo sencillo y lo enrevesado. Los escribas acusan a Jesús y a sus discípulos de ser infieles y descuidados en su trato con Dios. Pero el Señor aprovecha la ocasión para mostrar dónde está el núcleo de una vida auténticamente fiel.

Una fidelidad a base de conversiones sucesivas

Una vida verdaderamente fecunda, por la que Dios llama a alguien «siervo bueno y fiel», no está ni en las palabras solas, ni en el mero cumplimiento de preceptos externos,

porque ambas cosas pueden darse sin que haya verdadera fidelidad en el corazón. Jesús toma frases fuertes del profeta Isaías para expresar esto: «Habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí. Inútilmente me dan culto”» (Mt 15,6-9). Cuando se vive de este modo, explica Benedicto XVI, «la religión pierde su auténtico significado, que es vivir en escucha de Dios para hacer su voluntad (...) y así vivir bien, en la verdadera libertad; y se reduce a la práctica de costumbres secundarias, que satisfacen más bien la necesidad humana de sentirse bien con Dios»¹.

Seguramente varios de aquellos maestros de la ley, que ahora vivían con esa piedad externa y esa tendencia a detectar los tropiezos de los demás, habían saboreado en su juventud la experiencia del Dios verdadero. Seguramente en aquel lejano momento habían respondido con generosidad, con verdadera ilusión, a la fresca insinuación de compartir la vida con Dios. Lo habremos considerado en más de una ocasión, frente a pasajes de este tipo. Pero ¿qué pasó con ese primer amor? Ciertamente, no se podría decir que aquellos escribas fueron *fieles* solamente porque nunca dejaron su profesión de líderes religiosos. Pero entonces, ¿qué es la fidelidad?

Cuando san Josemaría reflexiona sobre el tipo de relación que une a un cristiano con la Iglesia, deja claro que no se trata de un simple «permanecer». No se trata sin más de constar en los registros de las partidas de bautismo, de asistir a ciertas ceremonias, y de figurar simplemente como miembro: «El cristianismo no es camino cómodo: no basta

¹ Benedicto XVI, Ángelus, 2-IX-2012.

estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera — ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones»². La verdadera fidelidad no tiene nada de pasivo: no es un simple «no estar fuera», sino que supone una actitud viva, abierta a la novedad del tiempo, hecha de «sucesivas conversiones». Para construir una vida fiel debemos tener en cuenta que somos seres temporales, biográficos: nos hacemos en el tiempo.

La falsa seguridad de lo inmediato

El deseo de comprender en profundidad la realidad del tiempo ha capturado la atención de pensadores y artistas, desde la antigüedad hasta nuestros días. En el cine, por ejemplo, son muchas las historias que experimentan con el tiempo: jugando con una hipotética posibilidad de pausarlo, de hacerlo avanzar o retroceder, o incluso de eliminarlo. La duración es parte del misterio de la vida humana. «Mi espíritu se ha enardecido en deseos de conocer este intrincadísimo enigma»³, confiesa san Agustín. Esta relación con el tiempo adquiere tintes especiales en nuestros días, en una cultura cada vez más acostumbrada a la inmediatez. Ante la posibilidad de vivir «aquí y ahora» tantos aspectos de nuestra existencia, desde la comunicación hasta la obtención de bienes o emociones, se vuelve extraño, como inaccesible, todo lo que requiere del paso del tiempo para

² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 57. El destacado en cursiva es de san Josemaría.

³ San Agustín, *Confesiones* XI, 22.

fructificar, para desplegar su belleza, para crecer. Y la fidelidad se cuenta entre este tipo de experiencias.

«Tiempo» puede significar oportunidad, desarrollo, vida... pero también tardanza, fugacidad, tedio. ¿Cómo ver en el tiempo un aliado, más que un enemigo? ¿Cómo ver en el tiempo el cauce querido por Dios para que crezca en nosotros una vida feliz, llena de fecundidad, de compañía y de paz? La fidelidad, al no ser una emoción inmediata ni un premio instantáneo, siempre va acompañada de algo de incertidumbre, de indeterminación; está siempre haciéndose. Y esto es bueno porque solicita de nosotros una actitud constante de atención; nos lleva a ser siempre creativos en el amor.

Como se trata de un bien que surge entre dos personas, la fidelidad está siempre expuesta a la tentación de querer reemplazar esta «incertidumbre positiva», que necesita tiempo, con seguridades construidas por nosotros mismos. Sin embargo, en esas «seguridades» el otro se suele quedar fuera. Sí, podemos vernos tentados de eliminar mentalmente a la otra persona, para reemplazarla por una certeza inmediata, levantada a nuestra medida. Es lo que sucede a veces al pueblo de Israel en su relación con Dios: la Biblia muestra la delgada línea que separa la fidelidad al verdadero Dios de la idolatría, la fe en lo que podemos construir y controlar con nuestras propias manos.

Impresiona la escena del pueblo amado por Dios construyéndose una figura de metal para adorarla. «Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro de sus orejas y los entregaron a Aarón. Él los recibió de sus manos, los moldeó con un cincel y, fundiéndolos, hizo un becerro. Ellos exclamaron: “Este es tu dios, Israel”» (Ex 32,3-4). ¿Qué pudo llevarlos a una confusión así? ¿Qué les hizo pensar que habían sido abandonados por quien en realidad los

había rescatado y acompañado en el camino? La respuesta nos la dan las mismas páginas de la Sagrada Escritura: lo hicieron porque «Moisés tardaba en bajar del monte» (Ex 32,1). Les traicionó su propia urgencia por acelerar los tiempos de Dios; se dejaron llevar por la necesidad de tener un seguro a la mano, medible, cuantificable, en lugar de abandonarse a la seguridad de la fe.

¿Qué diferencia, entonces, a la idolatría de la fidelidad? Adoramos a falsos dioses cuando nos dejamos tentar por la búsqueda de seguridad; pero no una seguridad apoyada en el amor de otra persona, en el don que es el otro, sino una seguridad basada en la autoafirmación: en la garantía de que somos capaces de tener el control. Estas idolatrías han encontrado tantas variaciones a lo largo de los siglos que nos separan de aquel episodio del becerro de oro. Hoy toman también formas diversas: personas en las que ponemos expectativas que solo Dios puede colmar; nuestra carrera profesional, como lugar en el que cosechar aplausos; una afición que se lleva el tiempo que debemos a nuestros seres queridos; o incluso aspectos de nuestra piedad que en algún momento nos llevaron al verdadero Dios.

En los momentos de dificultad, cuando se agita nuestro interior y queremos huir del vértigo del tiempo, cuando queremos decirnos que importamos, que no somos insignificantes, podemos caer en la tentación de construirnos dioses de metal. Fidelidad significa entonces desenmascarar esas seguridades de cartón-piedra, y poner nuestra confianza en Dios. «La fe es base de la fidelidad. No confianza vana en nuestra capacidad humana, sino fe en Dios, que es fundamento de la esperanza»⁴.

⁴ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 7.

Los afectos nos ayudan a conocer la verdad

«La fidelidad abarca todas las dimensiones de nuestra vida, pues implica a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad, sentimientos, relaciones y memoria»⁵. De ahí que Jesús reclame para Dios no solo palabras, ni el solo cumplimiento de ciertos preceptos externos, sino el corazón: «Misericordia quiero y no sacrificio», dice en una ocasión, citando al profeta Oseas (cfr. Mt 9,13). A la pregunta de un fariseo acerca del mandamiento más importante, responde, también con palabras de la Escritura: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento» (Mt 22,37-38).

En sus catequesis sobre el Espíritu Santo, san Juan Pablo II explicaba cómo la tercera persona de la Trinidad «penetra y moviliza todo nuestro ser: inteligencia, voluntad, afectividad, corporeidad, para que nuestro “hombre nuevo” impregne el espacio y el tiempo de la novedad evangélica»⁶. El Señor, precisamente porque ansía nuestra felicidad, no nos quiere interiormente fracturados: se empeña en que vivamos una relación transparente con él, integrando cada vez más en ella nuestra inteligencia, nuestros deseos, nuestras emociones y nuestras pequeñas o grandes decisiones... todo en constante maduración en medio del tiempo. Para construir relaciones llenas de fidelidad, es fundamental ese desarrollo armónico de nuestras facultades.

«Quiero también que tengáis afectos —decía, en este sentido, san Josemaría—, porque si una persona no pone el corazón en lo que hace, es poco agradable y espiritualmente

⁵ *Ibíd.*, n. 1.

⁶ San Juan Pablo II, Audiencia, 21-X-1998.

deforme»⁷. Con frecuencia, al final de sus encuentros con todo tipo de personas, el fundador del Opus Dei bendecía «los afectos», los sentimientos de quienes habían acudido a escucharle, precisamente por esa necesidad de poner el corazón en lo que hacemos. «Jesús, como verdadero hombre, vivía las cosas con una carga de emotividad. Por eso le dolía el rechazo de Jerusalén (cfr. Mt 23,37), y esta situación le arrancaba lágrimas (cfr. Lc 19,41). También se compadecía ante el sufrimiento de la gente (cfr. Mc 6,34). Viendo llorar a los demás, se conmovía y se turbaba (cfr. Jn 11,33), y él mismo lloraba la muerte de un amigo (cfr. Jn 11,35). Estas manifestaciones de su sensibilidad mostraban hasta qué punto su corazón humano estaba abierto a los demás»⁸.

La afectividad es un espacio de formación, de crecimiento, de aprendizaje; nos dice cosas verdaderas sobre nosotros mismos y sobre nuestras relaciones. Integrar este aspecto en nuestra respuesta a Dios es imprescindible para poder tomar decisiones que involucren nuestra vida en el tiempo. En este campo, es preciso estar atento a evitar dos extremos: el de quien niega el valor de los afectos, optando por silenciarlos y hacer como si no existiesen; o el de quien convierte al impulso afectivo en la única instancia de decisión. En ambos casos el resultado es una fragilidad que suele desembocar o en la rigidez de quien se amarra a algún ídolo, o en la desorientación de quien cambia continuamente de rumbo, dejándose llevar por la percepción más inmediata. Ninguna de las dos opciones genera el terreno en el que puede crecer una fidelidad alegre. Si no aprendemos a conectar nuestras emociones con la realidad que nos rodea, y con la nuestra propia, surge el miedo al

⁷ San Josemaría, notas de una reunión familiar, 2-X-1972.

⁸ Francisco, *Amoris laetitia*, n. 144.

futuro, el temor a las grandes decisiones, la fragilidad del «sí, quiero» que en su día dijimos. En cambio, una formación afectiva que involucre también a la inteligencia posibilita una vida estable, en la que se disfrutan las cosas buenas y se llevan con serenidad las menos buenas.

Despertar nuestra vocación al amor

En otra de esas jornadas agotadoras, Jesús descansa junto al pozo. Una mujer que no pertenece al pueblo judío lo encuentra allí. El Señor conoce el corazón de la samaritana: sabe que ha tenido una vida borrascosa, que ha sufrido mucho, que su corazón está lleno de heridas. Y justamente porque conoce su interior, los profundos deseos de felicidad que la mueven, esos anhelos de una verdadera paz, se mete rápidamente hasta el fondo de su vida. «Bien has dicho: “No tengo marido”, porque has tenido cinco y el que tienes ahora no es tu marido» (Jn 4,17-18), le dice. La samaritana quizás se había resignado a la conclusión de que la fidelidad no es posible; tal vez pensaba incluso que no estamos hechos para cosas tan grandes.

Quizás hemos tenido experiencias similares, en nuestra vida o en la de personas que queremos. Pero todo eso no es obstáculo para recomenzar una vida de fidelidad, que es sinónimo de felicidad. Como a esta mujer que, aunque no lo sabe, está a pocos minutos de convertirse en discípula, Jesús nos habla de reescribir nuestra vida: «El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Jesús, sabe cómo entrar en el corazón herido de esta mujer: «dirigió una palabra a su deseo de amor verdadero, para liberarla de todo lo que oscurecía su vida y conducirla a la alegría plena del

Evangelio»⁹. Cristo sintoniza con la profunda vocación al amor de la samaritana, se hace cargo de su historia y la invita a una nueva conversión: es la «llamada del amor de Dios a nuestro amor, en una relación en la que precede siempre la fidelidad divina»¹⁰.

Andrés Cárdenas Matute

[Volver al índice](#)

⁹ Francisco, *Amoris Laetitia*, n. 294.

¹⁰ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 2.

4. De generación en generación

«El Señor anula los planes de las naciones, vuelve vanos los proyectos de los pueblos» (Sal 33,10). Este verso del salmista podría resultarnos un tanto severo, si pensamos en nuestros proyectos personales. Sin embargo, si prestamos atención, el salmo se refiere concretamente a la fragilidad de lo que se construye prescindiendo de Dios, poniendo los cimientos «sobre arena» (cfr. Mt 7,26). Por eso, continúa el salmista: «El designio del Señor se mantiene eternamente, los proyectos de su corazón, de generación en generación» (Sal 33,11). La Sagrada Escritura nos recuerda de muchas maneras la flaqueza de lo puramente humano, por fuerte que parezca, frente a la enorme solidez de cuanto Dios inicia en la historia, a pesar de su aparente fragilidad. Y el Opus Dei es precisamente uno de esos proyectos del corazón de Dios que, con el tiempo, se despliega de generación en generación.

Con la frescura del 2 de octubre de 1928

Si tuviésemos que resumir en una sola frase el gran «proyecto» del corazón de Dios que es el Opus Dei, lo podríamos hacer probablemente con aquellas palabras de Jesús que resonaron en el corazón de san Josemaría el 7 de agosto de 1931: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). En realidad, este proyecto del Señor es mucho más antiguo que la Obra: es un plan en curso desde hace más de dos mil años, que

explica la razón de ser de la vida de toda la Iglesia; un proyecto al que son convocados hombres y mujeres de toda raza, lengua, época y condición para formar un solo pueblo. Sin embargo, el 2 de octubre de 1928 Dios quiso dar un nuevo impulso a ese proyecto, creando una nueva familia en el seno de su Iglesia. Así sintetizaba san Josemaría la intuición de aquel momento: «Que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos»¹.

La Obra es muy joven en comparación con la Iglesia y con tantas instituciones que han surgido a lo largo de su historia. Aun así, acercándonos a su primer centenario, y al percibir cómo han cambiado las circunstancias históricas respecto al momento fundacional, es lógico que nos preguntemos por el modo de seguir siendo fieles a ese carisma divino. «El centenario será un tiempo de reflexión sobre nuestra identidad, nuestra historia y nuestra misión»², ha escrito el prelado del Opus Dei. Nos llena de paz la idea de desplegar, al amparo de la Iglesia, esta inquietud por ser cada vez más fieles. El Espíritu Santo ha sabido hacer de su Iglesia un pueblo fiel en medio de tantas vicisitudes de la historia, alentándola para que no perdiera su frescura y su fecundidad. Por eso, es precisamente desde muy adentro de la Iglesia como podremos transmitir a las generaciones futuras el Opus Dei, «con la misma pujanza y frescura de espíritu que tenía nuestro Padre el 2 de octubre de 1928»³. Contribuir a esta fiel continuidad forma parte también de nuestro camino.

¹ Cfr. A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, 1, p. 380.

² Mons. F. Ocáriz, Mensaje, 10-VI-2021.

³ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral 19-III-2022, n. 12.

Para ser milicia, cuidar de la familia

San Josemaría utilizaba con frecuencia el binomio «familia y milicia» para describir la naturaleza de la nueva realidad que Dios le había pedido fundar. Por ello, una fiel continuidad tiene mucho que ver con custodiar la actualidad de esta descripción, con mantener bien oxigenados estos dos pulmones. Recordar que la Obra ha sido querida por Dios como una familia nos ayudará, en primer lugar, a tener presente que los lazos que nos unen no son primariamente fruto de nuestra libre elección, sino de la aceptación de un don recibido, del mismo modo que no elegimos a nuestros padres ni a nuestros hermanos. El peso que puedan tener afinidades de carácter, de edad o de otro tipo es secundario: no es decisivo a la hora de ofrecer nuestro afecto. Por eso don Javier, segundo sucesor de san Josemaría, repetía con frecuencia: «Que os queráis». Es una invitación a redescubrir la vida de nuestros hermanos, a no excluir a nadie de nuestra amistad.

Este carácter de familia del Opus Dei tiene también, desde el principio, dos rasgos fundamentales que podríamos resumir así: somos un *hogar* y tenemos un *aire de familia*. El hogar es el espacio que permite la intimidad y el crecimiento en un clima agradable, de aprecio mutuo. Salta a la vista, entonces, la importancia que tiene para la continuidad fiel el trabajo de la Administración de los centros del Opus Dei —«apostolado de los apostolados», como lo llamaba san Josemaría—, y la necesidad del empeño de cada uno por *hacer hogar*.

A su vez, como sucede en todas las casas, tenemos también un *aire de familia* propio, único, reconocible en cualquier lugar, pero que presenta también toda la variedad de la extensión territorial de la Obra. Este *aire* está marcado por la secularidad —somos cristianos en medio del mundo,

iguales a los demás—, por la elegancia de quienes valoran la buena educación en la convivencia, y por nuestra propia historia. Las costumbres y tradiciones de la vida de familia, que nos vinculan con nuestro origen, nos ayudan a sabernos parte de algo que nos trasciende; nos dan una clave para situarnos en el mundo adecuadamente: no como individuos aislados, sino precisamente como miembros de una familia. Además, los centros del Opus Dei han sido siempre hogares abiertos a todos los que deseen participar en sus actividades; «deben ser lugares en los que muchas personas encuentren un amor sincero y aprendan a ser amigas de verdad»⁴.

Por otro lado, recordar que el Opus Dei es milicia significa comprender nuestra vida en los mismos términos que la de Jesús. Puesto que «no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor»⁵, tampoco los cristianos podemos entender el apostolado como una mera actividad externa, sino como algo constitutivo: «No hacemos apostolado, somos apóstoles»⁶. En ese sentido, el Papa Francisco ha subrayado que «la nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo»⁷. La Obra ha sido y es milicia porque existe para llevar la felicidad de la vida con Dios a todos los hombres.

⁴ Mons. Fernando Ocáriz, Carta pastoral, 1-XI-2019, n. 6.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 122.

⁶ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 9.

⁷ Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium*, n. 120.

Del deslumbramiento al amor

El primer capítulo de *Forja* recoge muchas reflexiones de san Josemaría en torno a la vocación. El capítulo lleva como título «Deslumbramiento» porque una llamada de Dios, cuando es auténtica, supone una ampliación asombrosa de horizontes, una revelación del amor personalísimo de Dios por cada uno. El centro luminoso de este deslumbramiento no puede ser otro que Jesús, que es quien llama y aquel a quien respondemos. Sin embargo, todos hemos experimentado cómo Cristo se sirve de la atracción que suscitan los cristianos para darse a conocer: la Iglesia participa de su belleza (cfr. Ef 5,27). Por eso, la llamada de Cristo a seguirle en el Opus Dei va de la mano de un deslumbramiento ante la vida de esta familia: de un modo u otro, todos hemos intuido que este era *nuestro lugar* para vivir junto a Dios.

Si pensamos en nuestra vocación al Opus Dei desde la analogía con la experiencia del amor humano, podemos encontrar algunas luces para nuestro camino. En el amor entre esposos, el paso del tiempo permite progresar del *enamoramiento* hacia el *amor*. Se trata de un progreso —no de un retroceso— en el que puede decaer cierto entusiasmo, en el que aparecen ante nuestros ojos las debilidades de la persona amada. Pero es precisamente esa toma de tierra, ese contacto con la realidad, lo que permite que surja el amor verdadero: un amor por el que uno es capaz de entregarse a alguien que no es perfecto, con la convicción de que es quien da sentido a nuestra vida. En este progreso, ambos encontrarán cada vez más motivos para amarse, y su vida juntos adquirirá una solidez que no tenía en los primeros momentos. Si, en cambio, se dejan invadir por la tibieza y el desencanto, el amor retrocederá; no se producirá ese necesario paso del enamoramiento al amor. La tibieza,

en efecto, es una enfermedad de la voluntad, que parece incapaz de moverse una vez pasado el entusiasmo; el desencanto, por su parte, es un defecto de la inteligencia, incapaz de asumir adecuadamente la imperfección propia y ajena. Se trata, pues, de dos enemigos que conviene desenmascarar para poder vivir de amor a lo largo de toda la vida.

Comprenderemos, en primer lugar, que un *deslumbramiento* por la Obra, como camino de unión con Jesús, constituye un signo de vocación del que no se puede prescindir en la labor de discernimiento. Sabremos, después, valorar lo positivo de pasar de ese deslumbramiento inicial a una consideración más serena de la realidad, a un deslumbramiento más profundo, más maduro, superando situaciones ideales que nos incapacitarían para amar. Finalmente, llegaremos a poder leer nuestra vida en la de aquellos hermanos y hermanas nuestros que «nos han precedido en el camino y nos han dejado un testimonio precioso de ese *vale la pena*»⁸.

Acrecentar la herencia

Característico de una familia es dejar una herencia, muchas veces material, a la siguiente generación. De hecho, a lo largo de la historia, el acto de desheredar a un hijo ha sido considerado uno de los castigos más terribles que puede infligir un padre. A la vez, también es característico de la familia el deseo de acrecentar la herencia recibida, para pasarla, mejorada, a las generaciones sucesivas. Con el transcurrir de los años, los hombres y mujeres que se van incorporando al Opus Dei reciben una herencia *acrecentada* por quienes los precedieron. Así, al espíritu que Dios entregó

⁸ Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 5.

a san Josemaría, herencia fundamental de la que la Obra no puede *descapitalizarse*, se suman tanto algunos modos de vivir nuestro espíritu, propios de cada momento, como algunas obras de apostolado corporativo, fruto de la magnanimidad de quienes nos han precedido. Tarea de cada generación será transmitir vivo y lozano el espíritu de la Obra, adaptando aquellas concreciones accidentales, fruto de cada tiempo, y renovando el impulso que requieran las distintas obras apostólicas corporativas.

Esta empresa de acrecentar la herencia del Opus Dei exige, en primer lugar, un importante empeño personal por formarnos en el espíritu de la Obra y por adentrarnos siempre más en la vida de san Josemaría, conscientes de que fue el transmisor de un carisma divino. Son las obras de Dios las que fecundan la historia, y no las ocurrencias humanas, por brillantes que puedan parecer a primera vista. Por eso, será cada vez más importante profundizar en la comprensión de lo que Dios quiso el 2 de octubre de 1928.

En segundo lugar, conviene que sintonicemos vitalmente con una convicción de san Josemaría que nos ayudará a «ser Opus Dei» en nuestras propias coordinadas espaciotemporales: la radical modernidad del Evangelio respecto a las distintas culturas, siendo el primero el que vivifica a las segundas. De este modo, lo verdaderamente nuevo —el Evangelio, leído también a la luz del carisma del Opus Dei— iluminará las sombras de algunas manifestaciones culturales, aparentemente modernas, que nacen de la confusión y de la mentira del pecado. Esto requiere distinguir con sabiduría y delicadeza lo que conforma el espíritu de lo que es una concreción que puede cambiar, y que efectivamente ha cambiado en el tiempo. En este ámbito, el Papa anima a todos los cristianos a no refugiarse en el «siempre se ha hecho así», porque esa

actitud «mata la libertad, mata la alegría, mata la fidelidad al Espíritu Santo, que siempre actúa hacia adelante, llevando adelante la Iglesia»⁹.

San Josemaría resumía en frase redonda la novedad perenne del espíritu de la Obra: es, decía, «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»¹⁰. La conciencia serena de esta modernidad nos encamina hacia un apostolado libre y responsable, que se adapta a cada uno «como el guante a la mano», para poder transmitir el Evangelio en nuestro mundo. «Jesucristo ama especialmente a aquellos que buscan tener la vida que Él ha querido y predicado», escribió en una ocasión. «Y el Opus Dei, sin normas accidentales rígidas, para no entorpecer con disposiciones anticuadas la adaptabilidad de la Obra al tiempo, con realidades de unión, de paz y de caridad, crea una organización de católicos cultos y consecuentes para la actuación social y pública»¹¹.

Por último, acrecentar la herencia del Opus Dei requiere también —Dios y la Obra cuentan con ello— creatividad para revitalizar, cuando resulte conveniente, las obras de apostolado ya existentes, y para dar lugar a tantas otras nuevas, de muy diverso tipo. La fidelidad institucional nos llevará a veces a esforzarnos por mantener obras que otros pusieron en marcha, dándoles el vigor que cada época requiera. Mejorar lo que otros iniciaron es un signo de madurez en quienes forman parte de una institución que avanza en el tiempo.

⁹ Francisco, Homilía, 8-V-2017.

¹⁰ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 24.

¹¹ San Josemaría, *Instrucción para la obra de San Gabriel*, n. 14

Una paternidad que continúa

Aunque algunas voces en el debate cultural hayan postulado la «muerte del padre» como requisito para la emancipación del ser humano, las consecuencias de esta propuesta están a la vista de todos y se juzgan por sí mismas: las personas se encuentran más solas y, por ello, son más vulnerables. Lo que buscaba conducir a la libertad ha llevado a una mayor esclavitud. En una familia, el padre no es a fin de cuentas un obstáculo para la libertad, sino una condición necesaria para que la misma familia exista y cumpla su misión: capacitarnos para amar, ofrecernos un lugar seguro para crecer de manera saludable.

En el Opus Dei, la paternidad encomendada a nuestro Padre continúa en la figura de sus sucesores. Esta paternidad nos recuerda que somos hijos amados del Padre del cielo, anima nuestro amor a Dios y a los demás, nos sostiene en la fidelidad a las llamadas de Dios y a la herencia familiar —el espíritu de la Obra— que corresponde a todos cuidar. El hecho de que corresponda al prelado del Opus Dei, junto con los Consejos que le ayudan en su tarea de gobierno, el discernimiento de lo que pertenece al espíritu de la Obra y de lo que es mudable¹², no responde a unos criterios de organización institucional, sino a la naturaleza familiar del Opus Dei dentro de la Iglesia. La paternidad en la Obra es, por tanto, una prueba más de la misericordia de Dios con nosotros; es una manifestación de que «el cielo está empeñado en que se realice»¹³.

* * *

¹² Cfr. Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 11.

¹³ San Josemaría, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 47.

«Pienso en la Obra y me quedo *abobao*»¹⁴. Estas palabras de san Josemaría no reflejan la emoción pasajera de un amor adolescente, incapaz de percibir las dificultades, y que anularía la capacidad de mejora. Reflejan, más bien, el amor vivo de quien deja que la gracia de Dios trabaje en su corazón, año tras año. Para ser eslabones de esta cadena, en la historia que comenzó en 1928, necesitamos un corazón así.

Nicolás Álvarez de las Asturias

[Volver al índice](#)

¹⁴ Cf. Mons. J. Echevarría, Carta pastoral, agosto 2014.

5. En su pureza original, en su novedad radiante

«Os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado» (Jn 16,4). Estas palabras que Jesús pronuncia durante la Última Cena se proyectan decididamente hacia el futuro: hacen que hoy leamos su oración sacerdotal como dirigidas a nosotros, como una suerte de testamento siempre vivo. Gran parte de lo que el Señor confía a sus discípulos en esos últimos momentos se refiere al envío del Espíritu Santo: «Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a venir» (Jn 16,13). Esta tensión hacia el futuro nos debe llevar a preguntarnos, en todo momento: «¿Qué espera hoy el Señor de nosotros, los cristianos?». Es la pregunta que se hacía el prelado del Opus Dei, pocos meses después de recibir ese encargo del Señor. Y respondía: «Que salgamos al encuentro de las inquietudes y necesidades de las personas, para llevar a todos el Evangelio en su pureza original y, a la vez, en su novedad radiante»¹⁵.

Dios se sigue entregando a los hombres

La pasión, muerte y resurrección de Jesús, núcleo de la Revelación de Dios a los hombres, sucedió en un lugar concreto y en un momento histórico preciso. Sin embargo,

¹⁵ Mons. F. Ocáriz, Mensaje, 7-VII-2017.

no se trata de un acontecimiento que haya pasado a la historia, como sucede con todo lo demás: el misterio pascual continúa dando fruto hoy. De hecho, la Eucaristía, que es la forma sacramental de esos eventos, no es solamente un recuerdo, sino que es *memoria*, en el sentido bíblico de la expresión: hace presente este misterio en todos los tiempos; es entrega —*traditio*— del amor misericordioso del Padre al mundo. Aunque vuelve a presentar un acontecimiento histórico concreto, la Eucaristía nos muestra que el valor de la Pascua rompe las barreras del tiempo para insertarse en nuestros días. Y eso no sucede solamente con este núcleo de la manifestación de Dios, sino, en cierta manera, con todas las enseñanzas de Jesús: él nos confía la tarea de entregar —*tradere*— esa Buena Noticia en cada momento de la historia (cfr. Mt 28,19-20).

Esta misión, por la cual «la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que es, todo lo que cree»¹⁶, implica necesariamente un progreso. Aunque con frecuencia se considera esta noción como opuesta a la de tradición, se trata de un malentendido. En realidad, ambas expresan un movimiento armónico: tanto transmitir como progresar indican apertura a la historia. Y eso es lo que hace la Iglesia cuando camina entregando su vida a los hombres y mujeres de cada época. El protagonista de esta tradición, de esta entrega, es el Espíritu Santo, que hace eternas en la historia las palabras de Jesús; y también él es el protagonista del progreso, especialmente a través de la vida de cada uno de los santos, que «pone de manifiesto y da a conocer aspectos siempre nuevos del mensaje evangélico»¹⁷.

¹⁶ Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 8.

¹⁷ Benedicto XVI, Discurso, 19-XII-2009.

La frescura de los orígenes

Este modo de ser de la Iglesia se replica en cada una de las realidades vivas que conforman el único Cuerpo de Cristo. Es también, por tanto, el modo de ser del Opus Dei, «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»¹⁸. En la Obra, como en la Iglesia, tradición y progreso forman un todo armónico, como lo forman también santidad y apostolado. La santidad, en efecto, se expresa en la fidelidad a un espíritu recibido de Dios, y el apostolado se desarrolla en medio de un mundo necesariamente cambiante. Esta armonía es un fruto del Espíritu Santo, que nos impulsa tanto a valorar las enseñanzas recibidas como a renovar nuestra ilusión por abrir nuevos caminos para llevar el Evangelio al corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Cuando lo que se transmite es una vida, un espíritu, un modo de ser, la fidelidad se realiza necesariamente desde la apertura a la historia. Lo que la Iglesia entrega a cada época no son objetos, cosas inanimadas, sino una forma viva, la *forma Christi* que está llamada a transformar cada cultura desde dentro. Quien, al anunciar el Evangelio, renunciara a comprender la situación histórica de su interlocutor y la situación histórica de la sociedad en la que se mueve, preocupándose solo de enseñar una doctrina abstracta, como fijada de una vez por todas, no estaría transmitiendo fielmente el mensaje de Jesucristo.

En la *traditio evangelii*, la transmisión del Evangelio, la fidelidad se asemeja a la continuidad de un río vivo, caudaloso, que nos pone en contacto con la frescura de los orígenes. Benedicto XVI explicaba cómo el Espíritu Santo asegura «el vínculo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad original de discípulos, y la

¹⁸ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 24.

experiencia actual de Cristo en su Iglesia (...). La tradición —continuaba— no es transmisión de cosas o palabras, una colección de cosas muertas. La tradición es el río vivo que nos conecta con los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes»¹⁹.

El Opus Dei transmite al mundo un espíritu, un estilo cristiano de vida, una comprensión de la profunda relación filial con Dios que se origina en el Bautismo. Este espíritu, como la Tradición de la Iglesia de la que forma parte, no puede ni debe ser codificado y especificado en todos sus aspectos. Además, alguna concreción de hoy no necesariamente seguirá vigente mañana, porque lo que se transmite a lo largo del tiempo no es tanto eso como un espíritu filial por el que vivimos en Cristo, capaz de dar vida en cada nueva situación que la historia presenta. «Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio —ha escrito el Papa Francisco— brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual»²⁰.

Un *aggiornamento* en la vida personal

Jesús encomendó a sus discípulos la tarea de llegar a todos los hombres y a todos los pueblos, conociendo su cultura y su contexto. Para expresar este desafío se utiliza a menudo la palabra italiana *aggiornamento*, que literalmente significa renovarse, ponerse al día. La utilizaron, por ejemplo, san Juan XXIII y sus sucesores para referirse a la misión del Concilio Vaticano II. En sí mismo, el término expresa la solicitud por no perder relevancia, por estar en sintonía con

¹⁹ Benedicto XVI, Audiencia, 26-IV-2006.

²⁰ Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 11.

lo que la gente entiende o experimenta. Sin embargo, hubo quien empobreció su significado abogando porque la Iglesia se «pusiese al día», en el sentido de plegarse simplemente a las circunstancias de los tiempos, como quien «ajusta» su mensaje a las exigencias de las distintas novedades, perdiendo a fin de cuentas el mensaje mismo.

San Josemaría no tardó en salir al paso de esta segunda comprensión del término. En varias ocasiones, advirtió que no es la Iglesia la que debe adaptarse a los tiempos, sino que es cada época la que necesita descubrir el mensaje salvador de Jesucristo: «El *aggiornamento* —decía—, debe hacerse, antes que nada, en la vida personal, para ponerla de acuerdo con esa vieja novedad del Evangelio»²¹. Añadía, además, que una persona que vive el espíritu del Opus Dei, en la medida en que trabaja en medio del mundo y está plenamente incorporado en los procesos de la sociedad, debería estar naturalmente al día, *aggiornato*, actualizando también de esta manera su misión.

Este dinamismo de la fidelidad, ha explicado el Prelado del Opus Dei, se realiza sobre todo como un «*aggiornamento* natural»: el de una persona que encarna el espíritu que transmitió san Josemaría. «Es, sobre todo, en el ámbito del apostolado personal —que es el principal en la Obra—, y en el de orientar con sentido cristiano las profesiones, las instituciones y las estructuras humanas, donde procuramos poner iniciativa y creatividad, para llegar al trato de sincera amistad con numerosas personas y llevar la luz del Evangelio a la sociedad»²².

Las personas que procuran encarnar el espíritu del Opus Dei están habitualmente predispuestas, por su misma

²¹ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 72.

²² Mons. F. Ocáriz, Carta pastoral, 19-III-2022, n. 10.

vocación, a esta «continuidad creativa». Sin embargo, esa disposición no es automática: para ser creativos, es necesario «conocer en profundidad el tiempo en el que vivimos, las dinámicas que lo atraviesan, las potencialidades que lo caracterizan, y los límites y las injusticias, a veces graves, que lo aquejan»²³. Si la idea de «adaptación» hace pensar en una serie de fuerzas que empujan desde fuera, pidiendo moldearse a las nuevas exigencias de los tiempos, expresiones como «fidelidad dinámica» o «continuidad creativa» miran más bien a una actividad desde dentro, desde una vida interior vibrante, por la que cada uno piensa y actúa con creatividad, en un diálogo constante con la realidad que lo rodea.

La creatividad está, pues, estrechamente ligada a la «profesionalidad» en el sentido más genuino del término; estimula la inteligencia —*intus legere*, leer dentro— con la que se penetra en las cosas, sin quedarse en la superficie. La creatividad es fruto del amor al mundo y a las personas, porque implica el esfuerzo de buscar nuevos caminos, sin ceder a la facilidad de una repetición literal de lo adquirido, que siempre es menos exigente para uno mismo y menos eficaz para los demás. La creatividad es, en fin, fruto de la oración sincera: solo mirando a Jesús, centro de la historia, se pueden encontrar nuevas claves para entrar en el corazón de nuestros contemporáneos.

El discípulo hará obras mayores

Al estudiar cómo la doctrina cristiana se ha ido desplegando a lo largo del tiempo, san John Henry Newman se dio cuenta de que la entera predicación de Jesús contenía, como una semilla, todo lo que el cristianismo llegaría a ser a lo largo

²³ Mons. F. Ocáriz, Mensaje, 7-VII-2017.

de la historia²⁴. Se entiende así cómo, al igual que una semilla germina y florece en función de la calidad del suelo, de las condiciones climáticas y de las circunstancias ambientales, el cristianismo ha dado lugar, a lo largo de la historia, a fenómenos aparentemente inéditos que en realidad no son *absolutamente nuevos*, porque estaban contenidos en la semilla. Sin embargo, está claro que aquellos frutos, con sus colores y sus fragancias, necesitaban de un tiempo oportuno y de las condiciones favorables para llegar a ser posibles.

La fe de los primeros discípulos en la presencia real del cuerpo de Cristo en la Eucaristía, por ejemplo, fue la semilla que fructificaría mucho tiempo después en forma de culto eucarístico fuera de la Santa Misa, en la construcción de Iglesias, o en nuestra adoración ante los sagrarios. Sin embargo, todo esto no pudo empezar a madurar hasta que, en el siglo IV, los cristianos empezaron a contar con las condiciones para desarrollar el culto eucarístico. Toda *novedad* genuina remite a la semilla del origen, cuando todavía era invisible el fruto.

Algo similar ocurre con el espíritu de la Obra. Ciertamente san Josemaría recibió la esencia del carisma, el núcleo de lo que se transmitiría con el tiempo, pero no podía prever todo lo que se originaría a partir de ese mensaje. Ya durante su vida, de hecho, hizo experiencia muchas veces de esta realidad, y es lógico que esto siga sucediendo a lo largo de los siglos. Rezando en voz alta durante su estancia en la Legación de Honduras en 1937, lo expresaba así: «Por la misericordia de Dios, soy el primer eslabón, y vosotros sois también primeros eslabones de una cadena que se continuará por los siglos sin fin. Yo no estoy solo; hay ahora

²⁴ Cfr. J.R. Newman, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, Universidad Pontificia de Salamanca, 2009.

almas —y llegarán muchas más en el futuro— dispuestas a sufrir conmigo, a pensar conmigo, a participar conmigo de la vida que Dios ha depositado en este cuerpo de la Obra, que está apenas nacido»²⁵.

Mons. Fernando Ocáriz, en uno de sus primeros viajes como Padre de esta familia, señalaba en Madrid que toda nueva etapa en el Opus Dei «es una buena ocasión para que cada uno se plantee empezar otra vez, para sentir la Obra en nuestras manos con más agradecimiento y más responsabilidad»²⁶. Este dinamismo de la vida lo anunció ya Jesús a sus discípulos en su oración sacerdotal durante la Última Cena: «El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas» (Jn 14,12). La novedad en la continuidad, por la que el árbol crece y se robustece, es en definitiva el resultado de la identificación con Jesucristo y de la docilidad a su Espíritu. En el plan de Dios para los hombres, son el Hijo y el Espíritu Santo quienes nos muestran por qué la verdad y la historia no se oponen: el Hijo, la Verdad en persona, es Aquel hacia el que apunta la historia y del que toda la historia recibe su sentido; y el Espíritu, que guía a la Iglesia en su caminar terreno, es Aquel que nos conducirá a la verdad completa.

Giuseppe Tanzella-Nitti

[Volver al índice](#)

²⁵ San Josemaría, *Crece para adentro*, p. 85 (AGP, biblioteca, P12).

²⁶ Mons. Fernando Ocáriz, Viaje pastoral a Madrid, VI/VII-2017, en www.opusdei.org